

—más que ninguna otra sensible y refinada.—

No son muchas las "fuentes" donde un biógrafo puede encontrar datos acerca de la existencia del gran músico eslavo. Pero Guy de Pourtales, que más que un biógrafo, es un artista, no ha necesitado mayores apuntes con qué hacer su libro, "Chopin oú le poete". La comprensión y el amor de la obra de Chopin dan a las páginas de su libro un encanto especial. Y surge, ante nosotros, la figura casi inmaterial del compositor de los "Nocturnos"; podemos seguirlo en todas las etapas de su doliente y gloriosa vida; el adiós a su novia María Wodzinska—expresando en el "Vals" en la bemol mayor Op. 69, No. 1—; sus conciertos—serie de triunfos—en la Sala Pleyel; sus amores con George Sand; las horas pasadas en la Cartuja de Valdemosa—una tarde de lluvia se sentará al piano y, en la soledad de su retiro, verterá en el "Preludio" en sí menor, todo el tedio, toda la melancolía de su alma, toda la angustia de aquellas horas lóbregas—y su muerte, rodeado de amigos cariñosos que lo alientan hasta el último momento. Solo la George Sand no estaba allí. "Me había dicho, sin embargo, que yo no moriría sino en sus brazos", murmuró el artista, la víspera de morir.

Dicen que la tuberculosis mató a Chopin. Pero también se murió de ternura insatisfecha, de anhelos incomprendidos, de nostalgias y de inquietud. El acento de esas nostalgias, de esa ternura y de esa inquietud han quedado, para siempre, en su música.

**René Benjamin. | LA VIE PRODIGIEUSE D'HONORE DE BALZAC. | Editions Plon, París, 1928.**

La biografía del creador de la "Comédie humaine" no podía ser escrita sino por un escritor dinámico, nervioso y varonil, un escritor que en sus libros metiera sangre, corazón y espíritu, en una palabra, por René

Benjamín que no es solo un autor, sino también un hombre. Además, Benjamín está familiarizado con Balzac—a algunas de las "vidas" actualmente, en boga, se les puede reprochar un poco de superficialidad, el estar hechas como para salir del paso—y ese conocimiento, esa familiaridad con el formidable novelista le han permitido darnos la más sabrosa, la más viviente de las evocaciones. Benjamín es un apasionado de Balzac. Pero su amor no le resta lucidez y así nos muestra las pequeñas debilidades del genio: Balzac, envidiando las albas camisas de un dandy; Balzac, deseoso de relacionarse con la nobleza del faubourg St. Germain; Balzac, claudicando sus opiniones políticas, por complacer a una mujer amada.

¡Pero qué importa todo eso! Lo que importa es el ensueño gigantesco del creador—ensueño comparable al de Miguel Angel, al Shakespeare y al de Beethoven—; su labor para construir su obra—21 horas de trabajo diario, vestido con bata monacal, sostenido por café, alumbrado por velas y bujías—; la pureza de su ideal artístico que supo mantener íntegro, intacto, a pesar de todo; el ardor de su corazón; la intensidad de su vida sentimental iluminada por tres figuras de mujeres—Mme Carreaud, la amiga buena y fraternal; Mme de Berny, el primer amor de su vida—a quien inmortalizó en "el lirio en el valle"—y "Eva", la gran señora polaca, aquella que inspiró las páginas ardientes de la "Correspondencia", el último y máximo amor de su vida.

Las páginas en que Benjamín narra la génesis y la realización de "Papá Goriot" son verdaderamente impresionantes. Se ve a Balzac poseído por el fuego de la inspiración, por su demonio interior, por el viento portentoso de la creación; se asiste al alumbramiento de aquella obra toda de dolor y de humanidad y yo creo que, hoy, al citar a Balzac se recordará también a su biógrafo, René Benjamin.

M. W.